





5/53

(1-5)

М. 13898

R/2.204

FOLLETIN DE «EL AVISADOR.»

EL PRIMERO
Y ULTIMO BESO.

POR

GONZALO BRAÑAS.



Coruña:
Tipografía Galáica.

1867.

M.

R. 13870

Y. ULTIMO BESO

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

DEDICATORIA.

À MI QUERIDO HERMANO

D. Gladio Fernandez Miranda

dedica estas páginas

El Autor.

Coruña, 25 de agosto de 1866.

DEDICATORIA

AL SEÑOR DON
D. Blas de Roxas y de la Cruz

de las Cortes de España

El Autor

Madrid, en el año de 1778

Germanos de muerte. Dios que premia la
virtud y castiga el crimen, que sin duda
asiento entre los bienaventurados los ánge-
les y los coros de santitas criaturas, al pedir
jéramos, agachado en Dios, que ve á las
almas dignas.

Catemos, pues, la palabra á Germanos: es-
cuchad vosotros las palabras, los que ten-
gais las palabras de la vida de la vida.

AL QUE LEYERE.



El que autoriza con su nombre las presen-
tes páginas, debe hacer una salvedad; si no
obrase así, faltaria, á un tiempo, á su concien-
cia, á la amistad y á la exactitud.

Quien vá á hablar no es el que firma como
autor, sino el protagonista mismo, oscuro mártir
en medio de una sociedad por cuyo seno
cunde la corrupcion, á la manera de esa lan-
gosta devastadora que asuela los sembrados
del Africa.

¡Cuán encantador aparece el mundo para el hombre á la edad de dieciocho años!

Una bruma cuyas tintas son de oro y de rosa se extiende sobre el horizonte de la vida, á la manera de misterioso tul.

A través de aquel velo, la imaginacion vé, ó, mejor dicho, sueña venturas, amores, grandezas, todo cuanto hay de sublime.

El adolescente tiene una sonrisa p renne en los lábios y otra no menos perenne en el corazon.

Mas tarde, solo queda la sonrisa de los labios: la bruma ha empezado á disiparse.

Mas tarde aun, ni tal sonrisa queda siquiera: la bruma se ha disipado del todo.

Sucede precisamente al contrario de la naturaleza.

Cuando la niebla sube húmeda y espesa desde el fondo del valle, flotando, cual gigantesco velo de alguna ondina, sobre la corriente del río, si el sol entonces muestra su disco y lanza sus rayos, desvanécese la niebla, dibújase el paisaje, vemos, en fin, la realidad.

Pero la bruma engañadora que se levanta delante del hombre brota con el sol de la juventud y termina con el hielo del desencanto.

¡Oh adolescencia! ¡Oh, época dichosa, que has pasado breve como el fulgor de una aurora boreal, para no volver jamás!

Los que han cumplido ya los seis lustros comprenderán toda la amargura de esta exclamación, escapada dolorosamente del alma.

Los que, como yo, se encuentran á los veintitres años con el corazón muerto para la esperanza, tendrán para su hermano de infortunio una lágrima piadosa.

Vosotros, alegres niños, espíritus henchidos de las más halagüeñas ilusiones que ofrecer pueden los dieciocho años, seguid go-

zando, seguid amando, seguid sonriendo; no hagais caso de mis palabras, las cuales ojala no marchiten prematuramente vuestras creencias, que han sido tambien las mias, pues karto tiempo os resta para contemplar el mundo desde el verdadero punto de vista, disipada la bruma, roto el hechizo, y ¡quiera Dios que con el corazon tranquilo!

Quedábamos, pues, en que el mundo aparece encantador cuando uno tiene dieciocho años.

Yo contaba esta feliz edad al conocer á una jóven, ó mas bien á una niña: que no llegaría aun á los dieciseis.

Los dieciseis años son para la mujer lo que los dieciocho años para el hombre.

Llamábase Aurora, y era tan bella como una resplandeciente, florida y balsámica del mes de mayo.

Rasgados ojos negros, cutis como la nieve, labios como el coral, dientes como menudas perlas, rostro de ángel y cintura de sílfide; hé aquí, en unas cuantas pinceladas, el re-

trato de aquella niña que hacía las delicias de sus padres.

De lo físico paso á lo moral.

Aurora era virtuosa, amable, sencilla en sus maneras, estudiosa y trabajadora, poco amiga del lujo y nada de recibir galanteos; no conocia mas amor que el de la familia, y éste llenaba, por completo, el corazón inocente de la niña.

Era, como veis, un dechado de todas las perfecciones.

Una porcion de aderedores, especie de Tenorios de frac negro y guantes blancos, se agitaban en torno de ella cual enjambre de zánganos alrededor de una colmena provista de miel.

Ninguno, empero, podia vanagloriarse de haber alcanzado una mirada ni merecido una sonrisa.

Tan niña, Aurora era para ellos una fortaleza inexpugnable.

¡Oh! ¡qué grande es el poder de los recuerdos!

Paréceme aun que la estoy contemplando, la primera vez que la providencia ó la casualidad nos colocó frente á frente,

con su blanco vestido, sus cabellos cayendo en bucles sobre la espalda, su continente noble y su rubor candoroso.

Sí: cinco años, cinco mortales años han trascurrido, y creo que esto fué ayer; cierro los ojos, y veo; interrogo á la memoria, y siento.

¡Y sin embargo, pobre corazón mio, nada hay ya dentro de tí!

Eres una tumba...

Pero, mas desgraciado que la sepultura que ha de recibirnos á ti y á mí, eres una tumba vacía.



Querreis saber cómo conocí á Aurora. Es muy justo.

Yo pasaba en Santiago nueve meses del año, y en la Coruña los tres restantes: en la ciudad compostelana estudiaba primero de leyes; en la ciudad herculina residia durante las vacaciones.

La primera, Santiago, era mi patria adoptiva; allí tuvo nacimiento mi amor.

La segunda, la Coruña, era mi patria verdadera; allí tuvo nacimiento mi existencia ¡Santiago! ¡Coruña! nombres para mí queridos, nunca os olvidaré. ¡oh! nunca, aun cuando me ofrezcais, entre las melabes dulzuras de mi pasado, la hiel, la ponzoña, el cáliz de amargura de mi presente.

Arboledas misteriosas del Sar, rocas tajadas del Océano, cielo poético de Galicia, aquí, en esta buhardilla de Madrid que me sirve de alojamiento, cuando busco el descanso en mi humilde lecho, os presentais en los sueños agitados del pobre German hasta con los mas insignificantes detalles.

Pero ocupémonos de Aurora.

La familia de la hermosa niña, que vivia en Santiago, como habrán comprendido los lectores, daba todos los sábados reuniones que podian denominarse de semi-confianza.

Se narraba y comentaba la crónica de la ciudad, se tocaba el piano, se cantaba tal cual pieza, se leia tal cual composicion, y algunas veces, generalmente el

primer sábado de cada mes, se bailaba además.

Las jóvenes, que eran guapísimas, y el té, que era esquisito, atraían un concurso de hombres bastante numeroso, cuyas tres cuartas partes se componían de estudiantes de todas las facultades.

Yo fui presentado allí por un condiscípulo, el mayor de mis amigos.

Era e balmente primer sábado de mes, y, por lo tanto, aquella noche se rendía culto á Terpsícore, es decir, se bailaba.

Hasta entonces ni siquiera había visto á Aurora.

Mi amigo me la había alabado en todos sentidos: como bella, como buena, como despejada y como rica. ¿Qué mas se puede decir en loor de una mujer?...

Entré en el salón.

Al asomar por la puerta, mi amigo, dándome un suave golpecito con el codo, y fijando la vista en el testero del salón, me dijo en voz baja:

—Mira; es aquella.

—¿Quién?

—Aurora.

Seguí con los ojos, movido sencillamente por la curiosidad, la dirección de la mirada de los de mi amigo, y, lo confieso con toda verdad, la realidad me pareció superior á la descripción.

¡Y eso que yo no contemplaba entonces á Aurora sino por uno de sus aspectos, por el de la belleza! Cierto es, sin embargo, que tal aspecto era el más deslumbrador para unos ojos de dieciocho años.

Manuel, que así se llamaba mi amigo, me presentó sucesivamente al señor y á la señora de la casa, y después á Aurora.

Los padres me acogieron con la más amable finura.

—Este caballero, dijo Manuel al presentarme, es el joven de quien tuve el honor de hablar en la última reunión, y paratraer al cual pedí y obtuve permiso aquella misma noche.

Pronuncié los cumplidos de ordenanza, digámosle así, á los que contestaron, con

igual amabilidad y buenas formas, los señores de la casa.

Luego, seguimos adelante.

—Amigo mio, murmuró Manuel á mi oído, prepara tu sonrisa mas graciosa y tu salud mas galante; vés á hallarte en presencia de la reina de la fiesta.

A la sazón habia un intervalo de descanso, y todos charlaban, fraccionados en grupos, dando libre salida á la anécdota del dia, enriquecida con curiosas observaciones, al epigrama agudo y á la frase galante.

Un medio círculo de diez ó doce jóvenes, obsequiantes de oficio, que se disputaban la atención de Aurora, estaban de pié delante de ésta, sombrero en mano, lengua en risitre y actitud á cual mas académica.

Aurora, acompañada de dos de sus íntimas amigas, escuchaba con indiferencia, pero respondia con política.

Cuando Manuel y yo pasamos por entre el coro de dandys, para colocarnos frente á la bella niña, tuve que sufrir, por parte de aquellos, un mudo, completo y riguroso exámen.

Miráronme, pues, de piés á cabeza.

Mi peinado, mi ropa, mis botas, y luego mi estatura y mi fisonomía, todo fué analizado en el interior de cada uno.

Yo arrostré impávidamente aquel escrutinio general.

Nunca me he preciado de un Adónis, ni mucho menos; debo decir, sin embargo, en honor de la verdad, que á la edad que contaba de dieciocho años murmuraban las muchachas que yo tenía una figura bastante agraciada, unos ojos negros muy expresivos, unos cabellos castaños muy sedosos, y superior á cuanto dejo dicho, una sonrisa sumamente encantadora.

¡Ah! aquella sonrisa, que hallaban impregnada de hechizo las mujeres, era el sello característico de la adolescencia, ne una gracia peculiar del individuo; era ese distintivo del ser que cesa de ser niño, pero que todavía no es hombre; sonrisa especial, que no se parece ni á la del uno ni á la del otro, algo menos inocente que la del primero, mucha mas pura que la del segundo.

Manue, como correspondia á su calidad de introductor, tomó la palabra,

—Señorita, dijo, acabo de presentar este caballero á los papás de usted, y ahora, una vez cumplida tan grata obligacion, nos apresuramos ambos á saludar á la hermosa Aurora de Altamira,

Y en seguida, tomando mi diestra, y haciéndome adelantar otro paso mas, añadió:

—Don German Baltar.

Permitidme que sustituya dos apellidos supuestos al de Aurora y al mio: la conveniencia de nuestras familias lo exige, y, por lo demás, nada quitan ni nada añaden al valor (si alguno tienen para el público) de estas paginas.

Aurora se tendió su ebúrnea mano, diciendo, al propio tiempo, con una voz que creí divina mas que humana:

—Sea usted bien venido á esta casa, caballero; los amigos de mis padres tienen tambien mi afecto.

Yo estaba encendido como la grana.

La hermosa niña, al contemplarme frente á frente, se ruborizó tambien. No lo habrá olvidado el lector.

Hé ahí cómo conocí á Aurora y cómo
Aurora me conoció á mí.

Quizás pedireis que os explique la razón de no conocer yo hasta entonces á Aurora, á pesar de que residia nueve meses cada año en Santiago, y apesar, además de esto, de que la linda niña era conocidísima en toda la ciudad, principalmente entre los *pollos*, que se morian (por supuesto, en sentido figurado,) por ella.

- Unas cuantas palabras acerca de mi género de existencia serán esplicacion bastante y satisfactoria.

Estudiaba, como he dicho, el primer cur-

so de derecho; ò, en lenguaje escolar, *primero de leyes*.

Mi familia no era rica.

Hacia cerca de cuatro años que me hallaba huérfano de padre, bizarro comandante de infantería en situacion de retiro, el cual nos habia legado por toda riqueza una modesta pensión, un nombre honrado y un sabio toledano.

Falleció prematuramente a causa de los padecimientos crónicos que le atormentaban, de tiempo en tiempo, de resultas de antiguas y mal cicatrizadas heridas, recibidas lidiando en pro de la causa de la civilizacion en los campos de Navarra.

Yo, que era hijo único, fui destinado al estado civil: mis padres temian, no teniendo mas que á mi, esponerme á los azores de la carrera de las armas, á que una bala ó un acero les privase para siempre de la prenda de su cañón.

Decidieron, pues, hacerme abogado.

Cuando la muerte arrebató al padre de mis días, la afligida viuda vióse bastante apurada, para poder sufragar los gastos de matriculas, libros y posada; pues mi madre

no podia dejar á la Coruña, en donde teníamos unos pequeños bienes, que reclamaban su presencia y sus cuidados.

A fuerza de economías, me fué dado seguir estudiando.

Y ¡con cuánto afán estudiaba!

Entonces yo no tenia más que dos grandes pasiones, y ambas bien inocentes, bien tranquilas.

Primero, amaba á mi madre.

—Después, amaba á mis libros.

¡Ay! lo que se llama comunmente amor, esa otra pasión ardiente, agitadora, que aproxima los dos sexos, todavia no se habia enseñoreado de mi corazón.

— Mi género de vida era obsiguiante.

Levantábame á rayar la aurora, lo mismo en los días helados del invierno que en las mañanas templadas de la primavera; de suerte que cuando el primer rayo de sol pasaba á través de los vidrios de la angosta ventana de mi cuarto, situado en un piso tercero, yo estaba yo sentado delante mi me-

silla de pino, con los codos apoyados en la tabla, las mejillas reclinadas sobre los puños, y la mirada, ávida de profundizar los misterios de la ciencia, fija con atencion en el libro de testo.

Me desayunaba modestamente con una taza de sopa de ajo, cuando hacia frio, con chocolate los domingos y con leche las demás veces.

Iba á clase, volvía, escribía ó leía, luego comía con igual modestia, daba un corto paseo, otra vez me encerraba en mi habitacion, cenaba, estudiaba y me dormía.

Mi vida, como se ve, era bastante laboriosa.

Los paseos que frecuentaba no eran, excepto cuando el temporal bramaba espantoso, el tan predilecto de los estudiantes: la Rúa del Villar. Tampoco la Alameda.

No; yo queria respirar el aire libre, contemplar el campo, oír los pájaros, meditando, á la vez, sobre el tema de la conferencia.

En uno de aquellos paseos solitarios, á las puéstas casi de la abandonada y antiquísima colegiata del Sar, que recuerda al viajero

alguna de las abadías bretonas que nos describen los novelistas franceses, fué donde conocí á Manuel, hacia una año, cuando yo cursaba el último de filosofía.

Manuel era lo que se llama un *corazon de oro*, muy buen hijo, muy buen amigo... pero muy mal estudiante; gustábale mas, infinitamente mas, hacer versos.

Cuando yo trabé relaciones con él, traia un papel en la mano izquierda y un lápiz en la mano derecha, alta la espresiva cabeza, con los ojos fijos en la bóveda azul del firmamento, y bien distante, por cierto, de creer que se hallaba pisando la tierra que habitamos.

El poeta inédito avanzaba en línea recta hácia un charco formado por el agua de la lluvia.

Yo, que caminaba en direccion contraria, iba á encarar con Manuel y solo el charco nos separaria.

Al ver el charco, hiee un cuarto de conversion, con objeto de costear aquel océano en miniatura; pero, al ejecutar tal movimiento, no pude menos de observar que el otro paseante venia tan distraido, que in-

dudablemente repararía en el charco en cuestión cuando estuviese mojado hasta media pierna.

—¡Eh! caballero, empecé á decirle, no se meta...

Juzgué escusado concluir la frase.

El joven desconocido se detuvo, dejando dibujar en sus labios una sonrisa de satisfacción, y el lápiz, ocioso durante algunos minutos, deslizóse con ligereza sobre el papel.

Yo había hecho alto también, contemplándole de hito en hito.

—Vámonos, pensé, es un loco que pone por obra su manía predilecta, ó un amante que traza el borrador de su declaración amorosa.

El incógnito guardó papel y lápiz, y después de dirigir una mirada al charco, llegóse á mí, estrechándome ambas manos con la mayor efusión.

—Gracias, amigo mío, y permítame que desde hoy le dé tan grato título, me dijo: usted me ha evitado una mojadura y me ha proporcionado una consonante; esto es, dos favores á la vez.

—¡Ah! es un poeta, volví á pensar.

--Hace rato, continuò, andaba buscando cómo completar esta quintilla.

Y si el inmortal laurel
Que la sien ciñe al poeta
Gano yo, oscuro doncel,
A ti deberé, Isabel..

cuando usted me advirtió: «¡Eh! caballero, no se meta...» y entonces escribí el verso que faltaba, del modo siguiente:

El tocar la ansiada meta;

de modo que, añadió, hé aquí felizmente mi quintilla completa y mi composición terminada... ¡pero la lección sin mirar siquiera!

—¿Es usted estudiante? preguntéle.

—Sí, señor; de la Universidad.

—Y yo del Instituto,

—Es decir, que somos casi colegas.

—Para el curso venidero lo seremos del todo.

—¡Sí! dijo el joven poeta exhalando un

suspiro, y probablemente acabará la carrera primero que yo, porque tengo odio al Derecho romano y á todas las leyes habidas y por haber; yo no nací para despachar consultas, ni hacer escritos, ni defender pleitos; yo...

Y Manuel elevó otra vez los ojos al cielo, como si con mirar hacia arriba recordase más pronto, recitando con trágica entonación:

Yo, sombra errante, de ilusiones vivo,
Y en medio de mi eterno desconsuelo
Cada vez más profundo,
Caminando con rostro siempre altivo,
Tengo por patria solamente el cielo
Y por cárcel el mundo.

—Me llamé Manuel Riquelme, aunque mejor quisiera nombrarme Manrique, concluyó el trovador universitario, y en la calle de la Senra, número 23, estoy á las órdenes de usted, amigo mio.

Dijo Manuel; y estrechándose nuevamente las diestras, cada cual prosiguió su interrumpido paseo.

Al día siguiente ya nos tuteábamos.

Manuel abandonó su antigua casa de huéspedes, y se vino á vivir, no hallándose habitación desocupada en la mia, en otra que habia precisamente en frente.

El versificaba.

Yo estudiaba.

Me tenían mis compañeros por tan moderado, que Manuel, á pesar de contar cerca de cuatro años mas, pedia mi consejo, solicitaba mi aprobacion y me habia nombrado administrador general.

De todos los cargos de que me habia investido, el de administrador general era el que menos me ocupaba: generalmente Manuel no tenía un cuarto en caja.

Llegaron los exámenes.

Manuel estudiaba primer año de leyes.

Yo gané curso y él quedó suspenso.

Como de costumbre, fui á pasar las vacaciones al lado de mi madre, en mi ciudad natal, la Coruña.

Al despedirnos hasta el 1.º de octubre, Manuel me abrazó llorando.

—¡Ah! dijo, me quedo solo; antes, cuando no te conocia, amaba la soledad; ahora,

desde que tengo un amigo, no sé vivir sin tí.

Dos lágrimas rodaron á lo largo de mis mejillas.

—¡Valor y paciencia, Manuel! exclamé con voz conmovida. ¡Bah! ¡qué diablo! tres meses pronto se pasan.

Mi amigo prometió escribirme con frecuencia, y yo, que le quería también como á un hermano, prometí, á mi vez, contestarle á correo seguido.

Efectivamente, dos veces á la semana recibía carta de Manuel.

¡Qué de proyectos, qué de ilusiones, qué de castillos en el aire encerraban aquellas cartas!

Manuel soñaba con la gloria; decía que estaba escribiendo un poema épico, un drama histórico y una leyenda fantástica, todo á un tiempo.

Pero ¿y prepararse para el segundo examen?...

El soñador joven no había abierto, ni siquiera para echarles una simple ojeada, los libros de testo.

Yo le rogué que estudiase, pues podía re-

partir las horas entre las musas y las leyes; pero en vano.

Volví á rogarle, volví á instarle, apelé á todos los resortes de la amistad; siempre en vano.

Cierto dia, en una de sus cartas, Manuel me dijo:

«Chico, invocas la amistad; corrientes; pero yo la voy á invocar tambien á mi turno. En aras de ella estoy firmemente resuelto á inmolar el exámen, esto es, á perder curso. Así, amigo mio, estudiaremos juntos el mismo año de la facultad. Ya ves que no merezco tus recriminaciones incesantes.»

¡Aquello era hasta donde podia llegar el ingenio de Manuel!

Conocí, pues, que era predicar en desierto, y suspendí los sermones.

El 1.º de octubre, por la noche, nos abrazábamos otra vez; mas entonces poseidos uno y otro de la mayor alegría.

Manuel habia desistido del poema, buscaba argumento para el drama, pensaba cómo

escribir la leyenda... ¡y los libros cubiertos de polvo!

En suma: no había hecho nada.

O, por mejor decir, había perdido tres meses enteros.

Sin embargo, Manuel estaba tan confiado en el porvenir, cual si le aprobasen el curso y le favoreciesen las musas.

A los pocos días de regreso yo á Santiago, mi amigo me dijo:

—German, puedes estudiar y puedes divertirte; estás haciendo una vida tan oscura como un topo, y esto, disculpable en un estudiante de filosofía, es ridículo en uno de esa era mayor.

—¿Qué quieres que haga? le pregunté.

—Frecuentar de cuando en cuando la Alameda, el Teatro, las tertulias... Desearia presentarte en alguna.

—Con tal que no me prive de estudiar...

—No tal; además, German, tú ya eres un hombre.

Quedéme callado durante unos cuantos segundos, y al cabo dije:

—Buena... lo pensaré.

Yo no volví á acordarme de tal asunto;

pero una tarde Manuel entró en mi cuarto, radiante de júbilo, diciéndome:

—German, te traigo dos noticias; la primera me tiene loco de contento,

—¡Explicáte!

—Desde mañana habitaremos juntos... comeremos juntos... estaremos siempre juntos; en cátedra, en casa y en todas partes.

—¿Cómo?...

—Del modo siguiente: ha quedado una habitación desocupada al lado de la tuya, y me vengo á vivir en ella.

La alegría, pintada con tan vivos colores en el rostro de Manuel, pintóse también en el mio.

—¡Ah! ¡cuánto placer siento! esclamé; pero ¿y la segunda noticia?

—La segunda noticia es que esta noche te pongas, como suele decirse, de punta en blanco, pues está anunciada tu presentación en la reunion de los señores de Altamira, que tienen una hija preciosa, la maravilla compostelana; ¡ya verás, chico, ya verás!

Bien sabéis que no falté á la reunion

viendo allí, por primera vez, á la tan
hechicera como inocente Aurora.



gu
fr

m
co
co
es
pe

III.

La *soirée* (dispensadme que emplee, siguiendo la comun corriente, esta palabra francesa) estaba en todo su apogeo.

Una señorita se sentó al piano, y sus diminutos dedos, que parecian incapaces de mover siquiera las teclas, hicieron vibrar con maestria las cuerdas, dando al aire los compases voluptuosos de una habanera, de ese baile que es un regalo delicado hecho por la virgen América á la vieja Europa.

Los pollos, como adoradores los mas fer-

vientes de Terpsícore, fueron los primeros en invitar á las jóvenes.

Al instante porcion de parejas se lanzaron á dar vueltas al rededor del salão, columpiándose muellemente.

Yo, que estaba delante de Aurora, me apresuré á ofrecerla mi brazo.

Una decena de bocas la invitaron casi al mismo tiempo.

Empero, levantóse Aurora y colocó su brazo torneado encima del mio.

—Perdonad, señores, dijo, este caballero se ha anticipado.

La bella niña pudo dar muy bien la preferencia á otro, aprovechando la ocasion de haberla hecho varios á la vez igual súplica.

Esco de felicidad, oprimí con mi diestra estremecida aquel talle tan esbelto, y, entregándonos al placer del baile, empezamos á girar qual las demás parejas.

El coro de dandys, que se diseminó por breves instantes, me miró con envidia.

Yo, hasta entonces, no conocia el amor sino en teoría, por las novelas, que leia de cuando en cuando, y por el teatro, al cual iba de tarde en tarde.

Al tener entre mis brazos á Aurora, tan linda, tan graciosa, tan aérea, por decirlo así, yo no sé qué pasó por mi cerebro y por mi corazón, que se operó en mí una transformación completa.

Fué á modo de una chispa eléctrica, que recorrió todo mi ser con la velocidad del pensamiento... con mayor velocidad todavía.

Estremecido, febril, llena de fuego la mirada, yo no desviaba mis ojos de los de Aurora, la cual, palpitando de emoción, mas bien que á consecuencia del cansancio del baile, no separaba tampoco los suyos de los míos.

Un caballero anciano murmuró en voz perceptible, pero hablando consigo mismo, al pasar, en una de las vueltas, cerca de él:

—¡Qué hermosa pareja!

—En efecto, dijo una señora sentada al lado de aquel caballero, parecen nacidos el uno para el otro.

Yo oí perfectamente á ambos, y, por consiguiente, Aurora debió de haberlos oído también.

Mirámonos entonces con mirada mas profunda, mas dulce, mas ardiente todavia, y luego la ruborosa niña escondió sus ojos trás el velo de sus tersos párpados, poblados de sedosas pestañas.

Los ojos tienen tambien su idioma, idioma universal, que trasmite mutuamente las impresiones de dos almas.

Yo la dije con los míos:

— ¡Te amo!

Ella me contestó con los suyos:

— ¡Yo tambien!

Cuando las frases de aquel caballero y de aquella señora llegaron á nuestros oídos, dijímonos igualmente con la mirada:

— ¡Somos ya para siempre el uno del otro!

Terminó la habanera, que duró quince minutos, y que me parecieron quince segundos, y, sin cruzar una sola palabra, quedó sellado el pacto de nuestro amor.

¡Cuán agenos se hallaban los concurrentes de sospechar siquiera lo que habia ocurrido!

Aurora tenia las mejillas encendidas.

Yo no las tenia menos que ella.

Pero esto no presentaba nada de extraño después de bailar, por cuya razón no llamó la atención de nadie.

Después que habe acompañado á Aurora hasta su asiento, y dátole las gracias, casi tartamudeando, fui á reunirme con Manuel.

Manuel no había bailado.

Retirado en un ángulo del salon, donde habia una de esas mesas de esquina, de caoba tallada, sobre la cual ardia un candelabro de plata con cinco bujías, mi amigo se hallaba concluyendo de escribir unos versos que se le habian ocurrido, dedicados, segun pude leer por encima del hombro de Manuel, á la hija de los señores de la casa.

Aquella noche estaba inspirado, es decir, corria sin intermitencias el lápiz sobre el papel.

No quise interrumpir á mi amigo.

Así, pues, aguardé á que tuviese á bien dirigirme la palabra.

Al cabo de cuatro ó cinco minutos alzó la cabeza, guardò el lápiz y me mostró el papel, pero sin soltarlo.

—¡Lée! me dijo con aire triunfante.

Yo leí:

À *Aurora*, improvisacion.

—Ahora, presiguiò Manuel, escucha con atencion.

Y leyóme, con toda la maestría de un actor, la composicion siguiente:

Bella es la aurora que los montes dera
En los dias templados del estio;
Pero mucho mas bella es otra Aurora,
Hoy grato nùmen mio.

—
Esa eres tú, oh angelical criatura,
A quien hacen doquier de aplausos salva;
Tú, sí, que tienes, como el alba pura,
Igual nombre que el alba.

—
Ella ostenta brillantes arreboles,
Mas que solo del sol son los despojes:

Tú, Aurora, vales mas, porque dos soles
Tienes en tus dos ojos.

Ella brisas silvestres, olorosas,
Brotar hace del campo entre las galas:
Tú, Aurora, vales mas, porque es de rosas
El aliento que exhalas.

Bella es la aurora que los montes dora
En los dias templados del estío;
Pero mucho mas bella eres tú, Aurora,
A quien mi canto envio.

—¡Bravo! exclamé así que Manuel terminó su lectura. Y ahora, ¿vás á recitar esa poesia ante la reunion?

—Sí, amigo mio, dijo él; amo á Aurora, mejor dicho, idolatro á Aurora, y voy á ver si la conquisto con ayuda de las musas.

Púzeme pálido como un cadáver.

Mas, por fortuna, Manuel estaba tan embebecido en sus versos, que no notó absolutamente nada.

Yo, pobre niño, temí que la impresion que habia causado á Aurora fuese como uno de esos

fuegos fatuos que aparecen con prontitud y desaparecen con facilidad.

Los versos de Manuel me causaban pavor.

Yo era un estudiante vulgar.

Era un sér privilegiado.

—Pero, me decidí á interrogarle, aunque con trémulo acento, ¿desde cuando amas á esa mujer? .

—Desde hoy; desde hace un momento.

Se me escapó un suspiro, que no pasó desapercibido para Manuel.

—¡Eh! ¿qué diantres tienes? exclamó descendiendo mentalmente de las alturas del Parnaso. ¿Por qué gimes? ¿por qué tiemblas? ¿por qué te has vuelto descolorido?

Arrojéme, casi sollozando, en brazos de mi amigo.

Como estábamos desviados, no hubo quien nos observara.

—¡Ay, Manuel! le dije desolado, tú amas á Aurora, y yo también.

—¡Tú!...

—Sí.

—Y ella ¿te corresponde?

—Creo que sí.

—Pues entonces, dijo Manuel sonriéndose, puedes tranquilizarte, amigo mío. En todo caso, el que debería estar afligido, no serías tú.

—Yo, le contesté, no valgo nada; pero tú, que eres poeta, llegarás acaso á deslumbrar á Aurora.

—¡Bah, bah, bah! no temas; te dejo el campo libre.

—¿Pues no decias que la amabas... que la idolatrabas... y no recuerdo cuántas cosas más?

—Pasion de poeta: nació con el crepúsculo de la mañana y morirá con la sombra de la noche, sin darse más á luz.

Entonces, yo respiré con toda la fuerza de mis pulmones.

En menos de diez minutos habia apurado las mas contrarias emociones, pasando sucesivamente de la indiferencia al amor, del amor á los celos, de los celos á la desesperacion, y de ésta otra vez al amor.

Manuel me contemplaba con ojos de piedad.

Algo debia de agitarse, á la sazón, dentro

de su alma; pero el exterior de mi amigo no dejaba transparentar nada.

Díle un gran apretón de manos.

—¡Ah! Manuel, le dije al propio tiempo, me devuelves la vida que empezaba á faltarme.

Manuel miró á otra parte, con la sonrisa en los labios, como para enterarse de lo que ocurría en el salón; pero en realidad para ocultar un par de lágrimas, que inmediatamente se evaporaron.

Yo no vi aquellas lágrimas.

—

En seguida ambos nos dirigimos hácia el piano, situado en el testero del salón, y junto al cual era costumbre leer las poesías.

Manuel había iniciado el movimiento, y yo le había seguido maquinalmente; pero mis cejas se contrajeron.

¿Iba á leer la composición?

Parecía indudable.

Luego, el golpe que me amenazaba, aquella espada de Damocles en forma de versos, seguía pendiente sobre mi cabeza.

No murmuré, empero, una palabra.

Yo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, caminaba como la víctima que se lleva al sacrificio.

Manuel desdobló el papel, miró á la concurrencia, y leyó con voz sonora, si bien ligeramente conmovida:

A Aurora, improvisacion.

El silencio que reinaba en el salon, por valernos de una frase vulgar, pero gráfica, era sepulcral.

Mi amigo fué recitando estrofa por estrofa, con una maestría tal, que los versos, en su boca, aparecian doblemente bellos que en el papel.

*Flaqueábanme las piernas.

Tuve, pues, necesidad de apoyarme en el piano, á fin de no desplomarme sobre la alfombra.

Le tocó la vez á la última estrofa, repeticion casi de la primera.

Aquella estrofa no fué leida, fué declamada, pero con un fuego que hizo á Aurora volver á otro lado su hermosísimo rostro.

Manuel terminó la lectura...

Manuel dobló el papel...

Luego, cuando ya todas las manos estaban á punto de aplaudir, Manuel dijo con solemne acento:

Germen Baltar.

La salva de palmadas cubrió con su estrépito el doble ¡oh! de inmensa sorpresa, exhalado de los labios de Aurora y de los mios.

Manuel estaba cadavérico; mas nadie se fijó en él.

Para los circunstantes, mi amigo habia sido el instrumento, el eco, el intérprete de mis poéticos conceptos, y, por lo tanto, todas las miradas eran para mi, como eran para mi todos los aplausos.

¡Aquello era el heroismo de la amistad!

Yo estaba decidido á desmentir á mi amigo, declarando que él, Manuel, era el autor de la composicion; pero la voz se me ahogó en la garganta.

Hallábame como privado del uso de mis sentidos, inmóvil como una estatua, alegre y aterrado, adormecido y despierto, todo á un tiempo mismo.

Recibí maquinalmente las felicitaciones, los aplausos y los apretones de manos,

murmurando, apenas de un modo perceptible, la palabra de ordenanza en tales casos, «gracias.»

Manuel tambien se acercó, tambien me cumplimentó, tambien estrechó mi mano helada entre la suya calenturienta.

Yo quedé reputado, desde entonees, entre los estudiantes de todas las facultades, como el Zorrilla universitario.

Aurora, cuando oyó pronunciar mi nombre en vez del de mi amigo, que esperaba, me envió, turbada por la mas grata emociion, su sonrisa mas dulce y su mirada mas ardiente.

Yo, poco antes pobre y oscuro niño, creí hallarme en el pináculo de la gloria.

IV.

Al día siguiente, muy temprano, entró triunfalmente en mi posada el baul de Manuel, conducido por un mozo.

Detrás venia Manuel escoltándolo.

Mi amigo traia el semblante mas gozoso del mundo, pues se realizaba su sueño dorado, este es, vivir conmigo.

Yo, como de costumbre, apesar de haberme retirado tarde del baile, ya hacia cerca de hora y media que me hallaba estudiando.

Habia dormido poco; pero habia dormido.

Manuel, por lo que se podia juzgar por su fisonomia, no habia dormido nada.

Rostro macilento, grandes ojeras, párpados hinchados, cuerpo escalofriado, tales eran las huellas de insomnio que ofrecia mi amigo.

Por su interior... ¡solo Dios sabe cuál era el estado de él visto por dentro!

Peró, por fuera, Manuel ostentaba la sonrisa mas graciosa.

—Desde hoy, me dijo, viviremos juntos, como dos hermanos mas bien que como dos amigos.

—Sí, contesté, como dos hermanos; ó mas bien como padre é hijo, Manuel, porque tú has hecho por mí lo que solamente haria un padre.

—¡Bah, bah, bah! prorumpió él, siempre con su sonrisa que parecia tan natural; lo que yo he hecho, lo harias tú... ¡ah! tú, no, porque estás enamorado de veras, pero lo haria un amigo del dia anterior.

—Manuel...

—No hablemos mas de ello; ni siquiera me debes las gracias.

Calléme.

Manuel hizo instalar su baul en la nueva vivienda, despidió al mozo, cogió una silla, y tomó asiento junto á mí.

Yo, que habia vuelto á fijarme en el libro de testo, cerré el volumen, alcé la cabeza y giré con la silla en que estaba sentado, hasta quedar frente á mi amigo.

—¿La amas mucho? me preguntó.

—¿A quién, á Aurora?

—Sí.

—¡Oh! respondí apasionadamente, ¡con todo mi corazón!

—Bien, dijo Manuel.

Hubo una pequeña pausa.

Quien rompió primero el silencio, fui yo, diciéndole á Manuel:

—Sé sincero conmigo como yo lo he sido contigo: tu amor ¿era verdaderamente un capricho, un antojo, una llama fugaz de esas que iluminan y no abrasan, ó una pasión de hondas raíces, de misterioso encanto, de existencia imperecedera, cual yo la siento?

— Ya te he dicho anoche en el baile, contestó Manuel, llamando en ayuda suya toda su serenidad, que mi amor era una pasión de poeta. ¿Qué más quieres, German, que te diga?

Y otra vez nos quedamos callados.

Ni él sabía qué hablar.

Ni yo sabía qué responder.

Esta otra vez, Manuel fué el que primeramente dejó oír la voz.

— German, amigo mío, me dijo golpeándome cariñosamente, con su diestra, la rodilla, la felicidad te sonríe, el amor te acaricia, el porvenir, pues, te pertenece; la noche de reunión más próxima volveremos á casa de los señores de Altamira.

La noche de reunión más próxima tardó seis días en llegar.

Recordareis muy bien que los señores de Altamira recibían todos los sábados; pero solo el primero de cada mes se bailaba.

Por consiguiente, los días, ó mejor

dicho, las noches en que no habia parte de baile, no era tan numerosa la concurrencia.

Estábase, entonces como quien dice, en familia.

La ocasion no era igualmente propicia para hablar á la bella Aurora, pues entre las vueltas de una habanera ó los giros de un schottisch pasa desapercibido el coloquio íntimo de una pareja.

La conversacion que tiene lugar entre una mujer sentada y un hombre en pié, ante una especie de coro de galanteadores y fisgones, pertenece ya al dominio público, y, por consiguiente, el hombre que ama y la mujer que corresponde no pueden contar con libertad suficiente para transmitirse sus pensamientos, sus protestas y el largo catálogo de amantes palabras.

Yo iba y venia, volvía á ir y tornaba á venir; pero siempre la exploradora mirada que dirigia hácia donde se hallaba Aurora, tropezaba en la muralla humana formada por los diez ó doce galanes que pasaban las noches de tertulia echando piropos, diciendo insulseces ó inventando chismes á la hija de los señores de Altamira.

Habia saludado á Aurora: hé ahí todo.

Pero yo necesitaba mas; yo necesitaba transmitir mis pensamientos y saborear los suyos.

Manuel me habia dado á luz como poeta, y, avergonzándome de usurpar glorias ajenas aunque fuera con consentimiento del autor, resolví hacer un ensayo en la *gaya sciencia*.

El rincon del sábado anterior fué el retiro que busqué.

Yo tenia papel y lápiz en mi carterita de bolsillo, y temblando, cual temblar pudiera un terciario, puse manos á la obra.

Ved aquí aquel ensayo que, como primero, conserva fielmente mi memoria:

Suspiros.

I.

Al pié de pintada reja,
Que á una calle oscura daba,
Amante dulce estaba
Entonando tierna queja.

Era airosa su apostura,
Y de la vida en la aurora,
Esbeltez encantadora
Tenia su alta estatura.

La castaña cabellera,
Que en lacia trova caia,
De rico marco servia
A una faz que envidia diera.

Templado laud su mano
Con arrebatato tañia;
Mas nadie le respondia,
Y el doncel tocaba en vano.

De su pecho hondo gemido
Por fin se llegó á escapar:
Paró el doncel de tocar
Y no se oyó mas ruido.

Largo rato estuvo así,
En la reja recostado,
Sin movimiento, abismado,
Cual estatua puesta allí.

Mas otra vez con pasion

El laud volvió a tañer,
Y el silencio á responder
á su sentida cancion:

II.

Dime, dueño
De mi vida,
¿Por qué no acoges mi amor?
Yo en ti sueño
Y en mi anida
Santa y perenne pasion.

—
La palabra
De mi dicha
Dila, ángel querido, ya,
Y que no abra
La desdicha
Esos labios de coral.

—
Tu eres bella,
Vida mia,

Y bellos serán también
¡Por la estrella
Que me guía!
Tu corazón y tu fe.

Que mi ruego
Hasta tí
Pueda el céfiro llevar,
Y con luego
Casto dí:
«Amor mio, ¡te amo ya!»

III.

Calló la voz y el laud;
Y tras la cerrada reja,
Alombrando la calleja,
Pareció, al cabo, una luz.

E iluminada por ella
Entonces se pudo ver
En la sala una mujer,
Jóven tanto como bella.

Yo no supe resistirme á deferencia tal, y di á la prensa algunas ligeras composiciones.

Canté, como todos los vates sentimentales, las armonias del bosque umbrío, la luna, la noche, los alados músicos (vulgo pájaros), las corolas, los cálices, los pétalos y toda la tecnología de la historia natural de las flores; canté la furia del mar, el soplo del aura, el vendabal desencadenado, etcétera: el lector ya habrá conocido que mi escuela era la romántica.

Cierto dia leyó Santiago entero una composicion mia, escrita en romance octosilabo y asonante difícil.

La composicion habia sido escrita sin malicia alguna, sin saber lo que pasaba, y fué la última de las que publiqué y la penúltima de las que escribí.

La tal composicion formó época en mi vida, no por su mérito, pero sí por sus resultados.

Frecuentemente las cosas grandes tienen un origen pequeño: el principio de la linea mas larga que se pueda tirar, es un punto; esto es, muy poco mas que nada.

Ved aquí, en primer lugar, aquellos versos de tristísima memoria:

La inocencia.

A A...

Niña, la de negros ojos,
de talle esbelto y gentil,
de faz de nieve y de rosas,
de leves plantas de hurí,
la de sedosos cabellos,
de celestial sonreír...
dime, dime, hermosa niña,
si la paz que mora en ti
viste algun día turbada,
trocándose en cruel gemir.

¡Oh! callas, y ruborosa
ya tu frente de marfil
vas inclinando hacia el suelo,
cual en tronchado jazmin,
y fugitiva una lágrima
de tus ojos veo salir...
No llores, no, niña bella,
que tus penas siento en mí,

pues cuando apenas gimes
no hago yo mas que gemir;
tus ayes, mis ayes son;
tu risa de querubin
tambien es mi risa, niña,
pues solo no sé existir.

Y empero, tu sombra, tiemblo
si avanzo un paso hácia tí;
si otro paso retrocedo
me siento casi morir...
¿Quieres, niña, que me aleje?
¿Quieres que me acerque á tí?
Mas ¿qué digo, pobre loco,
con mi insensato decir,
al compás de humilde lira
y en medio mi frenesí?...

¡Ay! no pensé, loco y niño,
que llegara á proferir
palabras, hijas del alma,
mas que no debes oír:
virgen bella y sin mancilla
tu aparecistes aquí,
dejando tu pátria el cielo
por este inmundo confín;

pues la tierra es, do moramos,
charca que, infestada y vil,
ensucia el almo ropaje,
traga quien le viste al fin.

German Baltar.

¿Habeis leído la composición anterior, ¿no es verdad?

Pues bien: ahora vais á enteraros de cómo se la interpreté.

— — —

Ante todo, debo manifestar que la noticia del amor que yo profesaba á Aurora no era un misterio para nadie.

Mi musa, quiero decir, mis poesias, le habian ido pregonando por todas partes.

Pero como no se sabia que ella me correspondia, eran alabados mis versos y pasaba desapercibida mi persona; me tenian como á uno de tantos galanteadores.

Al fin se llegó á saber que Aurora correspondia á mi pasion con la suya.

Mas tarde os contaré cuál fué la causa de

divulgarse lo que para el mundo era un secreto.

Cuando Santiago tuvo el convencimiento de que la hermosa niña y el pobre estudiante se adoraban con todo el entusiasmo del primer amor, se me señaló con el dedo en tertulias, en paseos, en espectáculos, y, sobre todo, en la Universidad.

Recordarás que gran número de los que hacían la corte á Aurora, la mayor parte, eran estudiantes.

La envidia, oculta, pero palpitante, bajo la máscara del pláceme epigramático, de la indirecta venenosa y de los gestos equívocos, me persiguió, fué mi sombra, como Bankue la de Macbeth.

Una mañana, Manuel anduvo á puñetazos con dos camaradas míos, á consecuencia de unas frases que les había sorprendido, harto injuriosas para mí.

El uno dijo:

—German, ese botarate, ha pescado á la señorita de Altamira, y quizá se case con ella, que es rica, á pesar de que hasta aquí le teníamos por un mosquito muerta.

El otro contestó:

—Si, German es un tuno, que quiere al dinero mas que á la muchacha; pero, como no puede llevarse lo primero sin lo segundo, se decide, por lo visto, á cargar con la muchacha.

Entonces fué cuando Manuel se acercó á ellos, y ¡pim! ¡pam!, cachete á uno y bofetada á otro, les hizo pronunciarse en fuga, con las caras hinchadas, bajo los soportales de la Rua-Nueva.

Mi amigo, cuando regresó á la posada, contóme sencillamente lo que habia acontecido.

Yo le abracé llorando.

Después de mi madre, Manuel era la persona á quien mas queria.

¡Ah! no: eso era hacia algunos dias.

A la sazón... á la sazón Manuel ocupaba el tercer lugar en mi corazón; el segundo pertenecia á Aurora.

—

La calumnia caminó sobre las huellas de la envidia.

Era inevitable, ó poco menos: cuando apa-

rece la una puede reputarse como un milagro si no surge la otra.

La envidia comienza la obra.

La calumnia la concluye.

¡Pobre del mortal del que ambas se apoderen, si no tiene fe bastante, brio suficiente, sangre fria á toda prueba, para vencerlas y anonadarlas!

Entonces, hombre ó mujer, epurará hasta las heces el cáliz de la amargura, se sentirá aniquilado, se dará por muerto... al menos civilmente.

Así va el mundo.

Però ¿por qué va así?

La corrupcion hace estragos en las almas, como el cólera-morbo ó la fiebre amarilla los hacen en los cuerpos; y el mal, por mas que sea una verdad amarga, adquiere poco á poco, pero siempre ganando terreno, gigantescas proporciones.

Por eso el mundo vá así.

Por eso Aurora murió para mí y yo morí para Aurora.

Porque no faltó algun amigo [de la casa que contase á los señores de Altamira, ase-

gurando que lo habia bebido en buenas fuentes
fuentes, empero, que no citaba por no abusar
segun decia, que yo era un perdido, que tra-
taba de perder á Aurora, aparentando el can-
dor de un ángel, y que en la tal composicion
aludia á los padres de la hermosa niña, tra-
tándoles nada menos que de *inmundo confin* y
charca infestada, para que su hija tan inocen-
te los llegara aborrecer á ellos y se dejara
guiar ciegamente por mí.

¡La trama era bien gruesa!

¡Los hilos se veian á simple vista!

Pero los señores de Altamira, que tenian
al amigo en cuestion por un hombre teme-
roso de Dios, y que, además, no veian con
buenos ojos el que yo cantase tan fogosa-
mente á Aurora, previendo (y con fundamen-
to) que llegaria á amarme, acerca de lo cual
ya habian entrado en sospechas, dieron fé
completa á aquel tejido de calumnias,

La consecuencia de ello fué que, por me-
diacion de Manuel, me rogaron con la mayor
política, y acumulando un sinnúmero de dis-
culpas, que no volviese á frecuentar la casa.

Razones de familia...

Esta era la gran frase.

Es decir, me despidieron ignominiosamente,

Yo, herido en lo mas delicado de mis sentimientos por este golpe tan cruel, caí medio muerto en los brazos de mi buen amigo, que bramaba de cólera.



Estuve al borde del sepulcro, devorado por una fiebre espantosa, sin conocimiento, sin reposo, y, en medio de mi delirio, murmuraba á cada momento el nombre, para mi tan querido, de Aurora.

Mi madre no llegó á saber nada.

Manuel fué mi enfermero, mi médico, mi buen génio; así, pues, no llegó á traslucirse lo mas mínimo de mi dolencia, ni, por consiguiente, del origen de ella.

Aquel año perdí curso.

Un mes de enfermedad y cuatro de convalecencia habian dado al traste con todas mis buenas intenciones: cuando hubiera podido asistir á cátedra ya estaban próximos los exámenes, y no asistí.

Mi madre ignoró esto tambien.

A principios de julio partí para la Co-
ruña, como de costumbre.

Iba ya á subir al carruaje, cuando llego
á toda prisa Manuel, á quien no habia vis-
to hácia cerca de dos horas.

—¿Qué ocurre? le pregunté con ansiedad
al verle tan azorado.

—Ocurre, respondió, que Aurora te ol-
vidó, que ama á Diego de Belmonte, y que
el padre de éste, el señor de Belmonte,
fué quien te malquistó con los señores de Al-
tamira, en provecho de su hijo, que andaba
á caza de la mano, ó mas bien de la dote de
Aurora.

—¡Ah! ya comprendo, esclamé con hon-
do dolor. Un amor ha muerto en mi co-
razon, el que profesaba á Aurora; pero,
amigo mio, aun me queda otro mas gran-
de, el que siento por mi madre. ¡Adios!

Abrazámonos, me acomodé en mi asien-
to, sonó el látigo y rodó el carruaje.

Yo, asomándome á la ventanilla como
para contemplar el campo, oculté á mis com-
pañeros de viaje el llanto que bañaba mis
mejillas.

VI.

Pasé unas vacaciones insoportables.

Antes, todo lo contemplaba color de rosa. Entonces, todo lo veía color de luto.

Mi madre, mi buena madre, aunque yo hacía todo lo posible porque la sonrisa me asomase á los labios, no pudo menos de observar aquella trasformacion de carácter.

Algunas veces decíase la candorosa señora:

—Es que mi hijo deja de ser niño y principia á ser hombre; sus estudios... su porvenir... ¡sí! sin duda de aquí nace la gravedad que ahora se nota en su semblante.

EL PRIMER BESO.

Y, como yo continuaba sonriendo, no se le pasó siquiera por las mientes que estuviera enfermo del cuerpo ó doliente del espíritu.

Empero, una palidez, que cada vez era mas cadavérica, iba reemplazando en mi semblante el carmin acostumbrado.

Al fin, á pesar de sus internas reflexiones, mi madre llegó á asustarse.

—¡Dios mio! ¡Virgen santa! esclamaba á solas. ¿Qué es lo que tendrá este chico?...

Se quedaba pensativa, dos lágrimas humedecian sus mejillas, oraba, observaba: pero no me decia una palabra, ni tampoco se atrevia á implorar el auxilio de la medicina.

Franqueándose conmigo, temia sobresaltarme con una duda terrible.

Haciéndolo con un facultativo, temia hallar una verdad no menos terrible tambien.

Pero tal lucha íntima, atroz, que yo adivinaba, que aumentaba mis dolores morales, no fué de larga duracion.

El amor de madre, este amor sin par, este amor que afronta los mayores peligros y arrostra las dificultades mas grandes, sin em-

pequeñecerse, sin entibiarse nunca, escepto en algun corazon de móastro que aborta de tarde en tarde la naturaleza espantada de sí misma, y como un azote que hace erizar los cabellos á la persona mas frívola, al alma mas helada: este amor, decia, concibió un recurso.

Mi madre sabia que Manuel era el rey de mis amigos, permítaseme espresarme asi, el que poseia toda mi confianza, el que tenia todo mi cariño, y el cual me correspondia con creces, y á Manuel, pues, resolviese á tomar por medianero.

Todo esto, por supuesto, sin que yo me aperciese de ello.

En su consecuencia, mi madre escribió una carta á Manuel, rogándole se pusiese en camino para la Coruña cuanto mas antes.

En la carta en cuestion no le confiaba lo que ocurría; solo, si, le hacia el encargo especialísimo de que no saliese del parador, á donde ella iria a verle, añadiendo que agradecería que esto tuviese lugar al dia siguiente.

Manuel no se encontraba, à la sazón, en una situación financiera muy lisongera, ni mucho menos: tenia por todo capital cuatro napoleones y algunas monedas menudas de plata.

A la posadera, debía una mesada.

Al sastre, debía una levita.

Al sombrerero, debía un sombrero.

Al zapatero, debía un par de botas.

Esto sin contar una porción de picos de que él, como buen deudor, no solia acordarse; pero que se encargaban de traérselos à la memoria los que los habian desembolsado.

El haber sumaba noventa y tantos reales.

El debe importaba cuarenta y tantos duros.

El saldo en contra era, por lo tanto, una cantidad sumamente respetable para un estudiante tronado.

Sin ser comerciante, Manuel hizo el cálculo con la rapidez del mas experimentado tenedor de libros, tras lo cual quedóse unos momentos cabizbajo.

Mas, al cabo, alzó la cabeza con la altivez que solia, murmurando entre dientes:

—¡Bien! ¿y qué?

Dió un par de vueltas por la habitación, y añadió con la mayor confianza:

—No importa.

El general *No-importa* es el gran general de España.

Cuando nuestros abuelos perdían una acción durante la guerra de la independencia, decían: «¡no importa!»

Cuando nuestros padres salían derrotados en algún encuentro en tiempo de la guerra civil, repetían: «¡no importa!»

Y no se desanimaban, antes bien, con inquebrantable constancia, cobraban nueva esperanza y nuevo brio, y ganaban la batalla siguiente.

Manuel no quería, pues, ser menos que su abuelo y su padre, y se fortalecía con esta célebre frase: «¡no importa!»

Ved como mi amigo ganó la batalla.

— —

El equipaje de Manuel se encerraba con toda holgura en un pequeño baul-maleta.

EL PRIMER BESO.

Esto quiere significar que el tal equipaje no abultaba mucho que digamos.

Un traje para diario y otro traje para visita, ó, como él decía, *uniforme de campaña* y *uniforme de gala*, era lo que constituía el equipo de mi amigo.

Sin ser militar, se vé, pues, que estaba montado militarmente.

Cuando llegaba el verano guardaba cuidadosamente los vestidos de invierno, sustituyéndolos por los de aquel; y vice-versa, cuando empezaba la estación de invierno, hacia otro tanto con las prendas de verano.

Y aun así, á pesar de esta severa economía y de este minucioso cuidado, mi amigo, al encargarse un traje, pues los suyos cual los de todos no habían de ser eternos, debía todo el anterior y parte del penúltimo.

En punto á ropa blanca, Manuel no la contaba por docenas, ni siquiera por medias docenas: tenía una muda puesta, otra en la lavandera y otra en el repaso; en cambio tenía un grande y variado surtido de cuellos, y de puños postizos.

Pues bien, volviendo al viaje de que se trata, Manuel decidió partir de Santiago sin despedirse de la posadera.

Apostó, en consecuencia de tal resolución, un mozo de cordel á la puerta de la calle, subió calladitamente á su aposento, cogió sutilmente su baul, después de cerciorarse de que el enemigo, es decir, la patrona, no estaba á la vista, y marchóse con el equipaje asido de una sola mano.

¡Tanto era lo que pesaba!

Una vez en el portal, con toda felicidad, Manuel hizo cargar con el peso al mozo, y ambos, aligerando el paso, tomaron el camino mas corto del parador de diligencias.

Llegado allí, mi amigo respiró á sus anchas.

Con los noventa y tantos reales, le sobraba dinero para comprar el billete, llegar á la Coruña, pasar los primeros dias, y luego... luego Dios proveería.

Pero, antes de subir al carruaje, Manuel no pudo menos de decirse á sí propio que lo que acababa de hacer era una mala acción.

Quedóse pensativo tres ó cuatro segundos, y al fin, apelando á la filosofía, murmuró este verso tan conocido:

«Que haya una víctima mas ¿qué importa al mundo?...»

Y subió al coche.

—Sin embargo, pensó Manuel tratando de echar un remiendo á lo hecho, desde la Coruña escribiré á la posadera.

Trás de lo que, ya no volvió á ocuparse de tal cosa, reconcentrando todos sus pensamientos en la carta misteriosa de mi madre, la cual le hacía presumir, unas veces, que yo estaba enfermo, y, otros ratos, que yo estaba loco.

Luchando mentalmente con tan tristes ideas, Manuel llegó á la Coruña.

El famoso «¡no importa!» habia producido los deseados resultados.



VII.

En el parador, mi madre estaba aguardando á mi amigo.

Al salir me habia dicho sencillamente:

—Hijo mio, luego vuelvo; voy á hacer unas compras indispensables.

¡Ah! aquella era la primera vez que mentia, y mentia por mi tranquilidad.

Yo no sé lo que contesté, cualquier cosa, pues lo verifiqué como por máquina.

Mi madre no conocia á Manuel mas que de nombre, y á Manuel le sucedia otro tanto respecto de mi madre.

EL PRIMER BESO.

Hallóse, pues, perpleja viendo descender del carruaje tres ó cuatro jóvenes, cada uno de los cuales podía ser muy bien el que buscaba, y podía también muy bien no serlo.

Decidióse á preguntar al administrador si entre los viajeros anotados en la hoja había alguno llamado Manuel.

—Señora, contestó el interpelado, tres están apuntados con el nombre que usted dice: don Manuel Peralta, don Manuel Tenorio y don Manuel Iñiguez.

Mi madre, por lo tanto, se vió otra vez sumida en la perplejidad.

¿Qué hacer?

El tiempo era precioso.

Afortunadamente, cada viajero fué desfilando del parador, permaneciendo allí tan solo mi madre, mi amigo y el administrador.

El Manuel á quien ella buscaba se acercó con la gorra de camino en la mano y la sonrisa de amabilidad en la boca.

—¿El es! pensó mi madre.

—¿Me cabrá el honor, preguntó Manuel, de estar en presencia de la respetable madre de mi amigo German Baltar?

—¡Oh, si, si, caballero! dijo mi madre tendiendo agradecida la diestra al íntimo amigo de su hijo. Yo soy, que dudaba, porque no tenía el gusto de conocer á usted, y le esperaba presa de la impaciencia. ¡Gracias, amigo mio, gracias por tal puntualidad!

Yo supe despues por Manuel todos estos pormenores.



En seguida, tomando asiento mi madre y mi amigo en una de las banquetas mas retiradas del parador, dieron principio á una animada conversacion.

Escusado parece decir que yo fui el objeto de aquella conversacion.

Manuel, atacado abiertamente por mi madre, intentó defenderse, ó, mejor dicho, defenderme, ocultando ó á lo menos disfracando la verdad de lo ocurrido.

Empero, mi madre empleó un lenguaje tan elocuente, ese lenguaje de la madre que vé padecer á su hijo y quier á toda costa el remedio que ha de salvarle,

que Manuel quedó al fin derrotado, contándosele todo á la afligida señora.

Así fué cómo mi madre supo mi amor hacia Aurora, cómo esta correspondió á mi amor, cómo la calumnia me persiguió, cómo los padres me despidieron, y cómo yo, pobre niño, medio loco y medio muerto por pasión tan desgraciada, perdí curso por no poder presentarme en el examen.

Conforme avanzaba Manuel en la narracion de aquella historia de lágrimas, mas y mas el dolor se pintaba con mayor viveza en la mirada, en la actitud, en el color, en toda la persona de mi madre; y cuando concluyó de referir lo ocurrido, ella, balbuciente, ocultando su rostro en el pañuelo, que no tardó en humedecer el llanto, exclamó en voz apenas perceptible:

—¡Ay! ¡hijo mio! ¡desdichado hijo mio!

Manuel se apresuró á consolarla, y el administrador, que no habia perdido ninguno de aquellos signos de horrible tristeza, fingió estar muy atareado en sus trabajos, para no hacer mas comprometida aun la situacion de la apesadumbrada señora, si esta llegaba á

comprender que una mirada estraña habia presenciado todos los detalles, desde el primero hasta el último.

Al cabo, cobrando alguna serenidad, mi madre logró aparecer exteriormente indiferente, aunque dentro de su espíritu bramaba todavía la tempestad.

Manuel púsose en pié, y mi madre le imitó.

—Señora, dijo él, podemos continuar cuando usted esté del todo repuesta. Este sitio, por otra parte, aunque actualmente solitario, puede inundarse de concurrentes. ¿A dónde quiere usted que la acompañe?

—No; usted no vendrá conmigo, contestó mi madre, pues German ignora que se halla en la Coruña. ¿Me hará usted otro favor mas, y le estaré doblemente agradecida?

—¿Cuál?

—Usted puede hacerlo, añadió mi madre.

—Si es así, dijo Manuel, desde ahora empeño mi palabra de servirla.

EL PRIMER BESO.

—Corriente. En tal caso, usted, amigo mio, permanecerá en la fonda del parador, y no saldrá á la calle hasta que le avise,

El pobre Manuel hizo arqueos mentalmente á su capital, que sumaba media semana de fonda, permítasenos espresarnos en esta clase de moneda, y no pudo menos de aterrarse; pero debemos decir que se aterró mentalmente tambien,

Sin embargo, con el valor mas heróico, mi amigo respondiò:

—Señora, está bien.

De regrese mi buena madre en casa, en la cual me encontré leyendo *El Diablo Mundo* de Espronceda, ó mas bien en actitud de leerle, por ue mis ojos saltaban á veces, sin apercibirse de ello, páginas enteras, propúsose sondear mi corazon hasta arrancarme la verdad,

No queria proceder de repente, cual lo acababa de verificar con Manuel, á fin de ahorramme una gran emocion, una emocion

inmensa, que era muy posible resintiese mi salud tan quebrantada; lo que trataba, lo que ansiaba, era que la verdad fuese saliendo poco á poco de mis labios, y entonces, que ella la sabia, que conocia el terreno en donde tenia que operar, la mitad de la dificultad estaba ya vencida.

Aquel mismo dia, mi madre dió el primer ataque.

El resultado fué que yo, con los ojos arrasados en lágrimas, confesé haber perdido curso por consagrarme á las musas, subiendo al Parnaso y escapando de la Universidad.

—¡Ah! dijo mi madre, te veia leer versos; pero no presumi, no podia presumir que tenia un hijo poeta.

El primer dia no pasó de aquí la cosa.

Al siguiente hizo descender la sonda algo mas, y yo me arrojé en brazos de mi madre, llorando á gritos como un niño, descubriéndola mi amor, mi despedida y mi desesperacion; en una palabra, descubriéndola todo el cúmulo de dolores que apenas podia esconder mi pecho.

La sonda habia bajado mas de lo que mi

madre quisiera; pero el mal, si lo habia, ya no tenia remedio.

Empero, una vez desahogado mi pecho, y hallando consuelos en lugar de reconvencciones, me sentí mejor.

Mi madre dió gracias al cielo.

Y habia por qué darlas: la enfermedad era á la sazón conocida, y ya no se trataba de *buscar*, sino de *aplicar* el remedio.

Yo aun podia ganar curso, concurriendo á exámen extraordinario; aun podian tambien serme devueltos el amor de Aurora y la estimacion de los señores de Altamira.

Escribió mi madre, á toda prisa, una carta en la que daba instrucciones á Manuel, y, hecho esto, me dijo besándome la frente:

—Hijo mio, tu amigo Manuel está en la Coruña, y esta noche te vendrá á ver.

Exhalé una exclamacion de gozo, y pagué con otro beso, en el que iba envuelta toda mi gratitud, el que me habia dado mi madre.

VIII.

Efectivamente, aquella misma noche Manuel y yo nos dábamos un estrecho y prolongado abrazo.

Quedamos convenidos en que mi amigo partiría sin demora para Santiago, procurando avistarse con los señores de Altamira, á los cuales contaría la verdad de los hechos.

Yo era inocente; pero se hacia menester probar mi inocencia.

Si sabia bien Manuel en tal empresa, como habia derecho á esperar, Aurora me

EL PRIMER BESO.

devolveria su amor, yo estudiaria durante las vacaciones, resarciria el tiempo perdido, se me aprobaria en el exámen extraordinario y la felicidad tendria una sonrisa para todos.

Así, tornando la salud al cuerpo y la paz al alma, de aquel pasado doloroso solamente quedaria el recuerdo de unas cuantas lágrimas que se habian evaporado y de unos cuantos suspiros que se habian desvanecido.

El plan no estaba mal trazado, y todos teniamos grandes esperanzas: estas esperanzas fueron una tregua, un paréntesis, una especie de armisticio, en la ruda lucha de mis pasiones.

Manuel, pues, volvió á abrazarme, pero entonces en señal de despedida; ¡y observé que tenia las mejillas húmedas por el rocío del llanto!

Él de mi amigo supuse, y con razon en concepto mio, que seria originado por mi estado y por mi pena.

¡Ay! en parte era así; pero en parte era por el estado en que él mismo se hallaba y por la pena que á sí propio le affigia.

Al salir á la calle, con direccion al parador, Manuel me dijo estando ya á solas conmigo:

—German, tienes que hacerme un favor.

—¿Cuál?

—Prestarme cinco duros; no soy dueño mas que de unos pocos reales.

—Toma, le contesté, vaciando mi bolsillo en sus manos: hé aqui todo lo que actualmente poseo.

Lo que yo en aquel entonces poseia sumaba cuatro napoleones y un pico.

—Gracias, dijo Manuel; ya tengo, pues, con que regresar á Santiago, subsistir algunos dias, buscar nuevos recursos... y después me echaré en los brazos de la Providencia, como acabo de echarme en los tuyos.

Dos dias mas tarde, Manuel subia al mismo carruaje que le habia conducido á la Coruña, y, después de quedar mi madre, él y yo acordés, y prometiéndome escribir puntualmente lo que acaeciese, marchóse otra vez para la ciudad compostelana.

Manuel hizo prodigios... pero prodigios infructuosos.

Los señores de Altamira, convencidos de mi inocencia, no tuvieron inconveniente en otorgarme su aprecio.

Aurora me devolvió también su amistad.

Mas Aurora no me devolvió su amor.

El corazón de la bella niña pertenecía por entero á un jóven de la alta sociedad, á un aristócrata con muchos pergaminos y escasas rentas, que acababa de llegar á Santiago, procedente de la corte.

El tal vestia con una elegancia del mejor gusto, hablaba con un candor propio de la edad de oro, era, en fin, juzgándole exteriormente, un alma de ángel dentro de un figurin de sastre.

Empero, si se le hacia la *autopsia*, pesantísimamente la espresion, veíase que á veces es muy verídico el proverbio que dice que «detrás de la cruz está el diablo.»

Lo de figurin de sastre, era verdad.

Lo de alma de ángel, era farsa.

¿Qué quedaba, pues, del nuevo amante de Aurora?

Casi nada: un gaban ó una levita, un pan-

talon y chaleco bien cortados y perfectamente vestidos.

Dentro de la ropa, un cuerpo gastado por las orgías; dentro del cuerpo, un espíritu corrompido por la maldad.

¡Espíritu y cuerpo, eran dignos el uno del otro!

Pero, en la apariencia, según hemos dicho, aquel caballerito era un sujeto apreciable por todos conceptos.

¡Ah! mundo, mundo: ¡cuántos seres se pasean sobre tu superficie, por las cinco regiones en que te han dividido los geógrafos, iguales al de que estoy hablando, cuya única misión es engañar y cuyo único oficio es corromper!...

Los señores de Altamira dijeron que no mandaban en las afecciones de su hija, árbitra absoluta de ellas, y, por lo tanto, que nada tenían que hacerme con respecto á esto.

— ¡Que la olvide German como Aurora le ha olvidado! ¡que busque otro amor y se consolara del que así le oprime al verle desvanecido! ved aquí el *últimatum* de los padres de aquella hermosa niña.

EL PRIMER BESO.

Yo no podía olvidarla.

Yo no podía consolarme.

¡No! y no la olvidé ni me consolé; pero partí lejos, lo mas lejos que pude, á esa Pandemonium que se llama capital de España.

— —

Quise ahogar con los triunfos literarios la pena que me roía atrocemente el corazón, sin que este atormento acabase nunca, como diz la mitología que no acababa el de Prometeo encadenado sobre la roca mas elevada del Caucasó, cuyas entrañas le roía un buitre á medida que iban reproduciéndose.

En la corte hallé lo que no buscaba, esto es, otro nuevo desengaño.

Aquellos *génios* que yo contemplaba antes, á cien leguas de distancia, con las frentes rodeadas de una purísima y resplendente aureola, á los cuales juzgaba en mi inesperienza mas cercanos al cielo que á la tierra, eran hombres como los demás, con iguales pasiones, iguales faltas é iguales tendencias.

La cruzada organizada en contra mía por los *grandes hombres*, que no podían menos, de mirar con envidia, por el doble punto de vista del amor propio y del interés particular, el que un neólito, un desconocido, un nadie, fuera osado á hacerles competencia en los aplausos del público y en los cuartos del editor, me desalentó de tal modo que no tuve valor, como otros lo han tenido, para seguir adelante, atrojando las burlas, los desprecios, las intrigas, todo ese cúmulo de obstáculos amontonados delante del joven que ansía un nombre ilustre grabado en buena lid... y me retiré de los *foyers* de los teatros, de los salones de los cafés y de las tiendas de los libreros, que son el Parnaso madrileño, casi diré europeo, del siglo XIX.

Y al aislarme, al tornar á agitarme en la soledad dentro del tumulto de la corte, aquel dolor que me roía el corazón se hizo mas vivo, mas insoportable, y me sentí por instantes acercar al sepulcro.

Cierto día, y era uno precisamente que seguía á una noche de insomnio, en que yo no habia hecho otra cosa que dar vueltas en el descompuesto lecho sin lograr conciliar el sueño cinco minutos siquiera, cierto día, decia, recibí una carta de mi madre en que me rogaba que regresase inmediatamente á la Coruña,

No me decia la causa.

¿Cuál podia ser?

Ya, en alas de la esperanza, tomé asiento en la silla-correo, á fin de llegar mas presto al término del viaje, y entré en mi ciudad nativa después de medio año de ausencia, sin un céntimo de capital y sin una ilusion de gloria.

IX.

La causa era sencillamente la siguiente.

Mi madre, por medio de Manuel, el cual tenia mas de un amigo y antiguo condiscipulo en la corte, habia sabido que yo me iba desmejorando de dia en dia con una rapidez, con una intensidad de lo mas espantoso.

En consecuencia de esto, mi madre, siempre de acuerdo con Manuel, con el que sostenia frecuente correspondencia, resolvió hacerme volver á la Coruña, á ver si el clima de la patria y el amor de la familia

EL PRIMER BESO.

contenian los estragos de mi enfermedad moral.

Cuando llegué á la Coruña, Manuel me estaba aguardando en el parador.

El pobre chico, siempre sin un duro, pero con la mejor voluntad del mundo, inventando los recursos mas ingeniosos para contrarestar la falta de metálico, me estrechó contra su corazon en un prolongado abrazo.

Yo le correspondi con igual cariño.

—¿Qué hay? ¿qué ocurre? ¿para qué me habeis mandado venir? preguntéle atropelladamente.

—Sigueme y lo sabrás, me dijo mi amigo.

—¡A dónde?

—A casa de tu madre. ¡Vamos, en marcha!

—Sí; corramos, amigo mio, corramos.

Pero, á la mitad del trayecto, hice alto.

Manuel se detuvo tambien sorprendido.

—Dime, le interrogué palideciendo aun mas de lo que de costumbre estaba, ¿ha sucedido algo malo á mi madre?

—No, nada, conté Manuel echando de

nuevo á andar, cuyo movimiento imité.

—Entonces...

—Luego llegaremos, y luego, por tanto, lo sabrás.

Efectivamente, al poco rato llegamos.

Mi madre, al avistarme, bajó con toda ligereza las escaleras y me recibió en el portal.

—¡Hijo mio! ¡German, mi adorado German! fué lo único que pudo esclamar durante los primeros momentos, embargada como se hallaba por una emoción inmensa.

Yo le tendí mis brazos y ella me acogió amorosamente en los suyos.

Dos lágrimas humedecieron mis mejillas...

Pero aquellas lágrimas no eran mías.

Alcé la vista hácia mi madre, y noté que sus ojos estaban empapados en llanto.

—

Pasados los primeros trasportes, decidíme á hacer á mi madre una pregunta análoga á la que habia dirigido á Manuel.

—Madre mia, la dije, héme aquí ya al lado de usted, pero ¿podré saber por qué ra-

zon me encargaba con tanto empeño regresar apresuradamente?

—German, respondió la buena y triste señora, clavando en mi una escrutadora mirada; German, tú estas muy enfermo del alma, y el espíritu iría á contagiar el cuerpo.

—¡Cómo!... escalamé, es decir, que la razón..

—La razón, pobre hijo mio, prosiguió mi madre interrumpiéndome, es que, si tú murieras, moriría yo también, y yo no quiero, no puedo consentir que mueras.

—Si estoy bueno...

—¡No! te hallas mas enfermo de lo que crees; habia dicho mal: tu espíritu no va á contagiar á tu cuerpo, sino que lo ha contagiado ya.

—Cuando afirmo que estoy bueno... insistí todavía.

—A mi edad no se nos engaña fácilmente, German, repuso mi madre con un tono de dulce firmeza. Es preciso que hagas por desterrar la melancolía, por recobrar la tranquilidad, por vivir para tu madre... ¡Ah! ¡ingrato! ¿no debo yo ser preferida á una mujer que no te merece?

No supe qué contestar, y arrojéme otra vez, pero esta vertiendo lágrimas, en los brazos de mi madre.

—No me merece, madre mia, dije sollozando: tiene usted razon sobrada; pero no puedo sobreponerme á este amor desventurado, que embarga mi ser, que llena mi corazon y que concluirá por aniquilarme. ¡O Aurora ó la muerte!

¡Ay! mi madre comprendió entoncea que mi enfermedad era incurable, y, desde aquel dia, comenzó á mirar la salud de la afligida señora la enfermedad que un año despues la hizo abandonar este mundo para reunirse con su esposo allá arriba, en ese otro mundo de los bienaventurados que se llama gloria.

Manuel habia vuelto la cabeza para ocultar las lágrimas.

¡El lloraba tambien!

Una noche, pocos dias después de mi llegada, fuguéme de la casa materna.

Quería ver, quería hablar á Aurora, por-

EL PRIMER BESO.

que me devoraba una especie de fiebre, muy parecida á la locura.

Esto bastará para dar á entender que el punto final de mi viaje fue Santiago.

Antes de partir escribí una carta.

Aquella carta era para mi madre.

«Madre mia, la decia en estas ó parecidas palabras, perdoncme usted si me marchó sin darle un beso y un adios. Necesito hallarme en presencia de Aurora, la cual quizás me devolverá su cariño. Me resta esta última esperanza: es preciso, pues, aclarar la situación, saber si debo vivir en el paraíso del amor ó padecer en el infierno de la desesperacion. Luego estaré de vuelta, madre mia; luego la pagaré con creces el beso de que ahora la privo; pues si viese á usted en estos instantes solemnes, temo que el valor me abandonára.»

Héme ya en Santiago.

En otro tiempo, aquella ciudad se me representaba henchida de encantos.

A la sazón, aquella ciudad me parecia la mansion de la tristeza.

El cielo estaba gris, el aire era húmedo, los árboles de la Alameda balanceaban sus

ramas melancólicamente; la naturaleza tenía para mí, en vez de una sonrisa, una lágrima.

¡Oh! recuerdos del bien perdido, ¡con cuánta impetuosidad os agoráis á mi cerebro! ¡con qué fuerza punzais mi corazón!

Pobre desterrado del banquete de la felicidad humana, proscripto en el mundo, próximo á tener otra patria mas tranquila, mas hermosa y mas grande que este mezquino globo que habitamos y del cual estoy preparado para salir de un momento á otro, yo, al sentirme tan oprimido, tuve un presentimiento siniestro.

Aquella última esperanza que me habia impelido á Santiago ¿se disiparia como una columna de humo azotada por una ráfaga de viento?



Agitado por tan horribles pensamientos, sin reposar de las fatigas de una noche de insomnio, pasada dentro de un carruaje, encaminé mis pasos hácia la casa de los señores de Altamira.

Yo estaba trémulo, descolorido, ojeroso, no pareciendo, á causa de los intensos dolores morales de que habia sido victima, mas que una sombra del German que se habia atraído en otro tiempo tantas miradas femeniles.

Serian las diez de la mañana: la hora, como se vé, no era la mas apróposito para una visita.

Llegué á la calle...

Entré en el portal...

Hice un esfuerzo, y tiré temblando del cordon de la campanilla...

Abrióse silenciosamente la puerta.

Un hombre apareció en el umbral.

¡Era Manuel!



X.

Manuel tenía el aspecto mas lúgubre del mundo, y esto me sobrecogió.

Nos quedamos durante unos momentos mirándonos de hito en hito, sin hablar palabra.

Ni yo esperaba encontrar allí á mi amigo.

Ni él pensaba tropezar conmigo en tal sitio.

— ¡Cómo! exclamó Manuel, volviendo al cabo de la sorpresa que le habia causado mi inesperada presencia. ¡Tú aquí! Pero ¿qué es lo que buscas? ¿qué es lo que quieres?

EL PRIMER BESO

—Busco á Aurora, quiero su amor, le contesté.

—¡Ah, pobre German! ¡ah, desdichado amigo mío! prorumpió Manuel abrazándome tiernamente.

Y las lágrimas que vertía, diciendo así, bañaron mi rostro pálido.

—Habla ya, dí lo que pasa, insté vivamente. Aquí me traía una postrer esperanza, y necesito saber á qué atenerme, esto es, si debo aguardar un sí de felicidad ó una sentencia de muerte.

—German...

—Responde: la impaciencia me devora.

Manuel no se atrevia á descubrirme la verdad de lo que ocurría.

Yo estaba, pues, entregado á la desesperacion.

Si la verdad fuese agradable, mi amigo no titubearía en contármelo todo. Callaba. Luego, la verdad crea espantosa.

¡Horrible silogismo!

No quise perder mas tiempo.

Por lo tanto, abriéndose paso, á pesar de los esfuerzos de Manuel para detenerme, adivinando alguna tremenda desgracia, de-

lirante, loco, subí la escalera de tres en tres peldaños, seguido de mi amigo que no podía alcanzar-me.

Hallé los pasillos desiertos, las habitaciones solitarias, reinando en toda la casa un silencio sepulcral.

Así, sin apercibir á nadie ni ser de nadie apercibido, llegué hasta el segundo piso.

Yo debía de estar mas demudado, muchísimo mas demudado que de ordinario, pareciendo un cadáver escapado de la tumba.

Gruesas gotas de sudor corrían á lo largo de todo mi cuerpo; pero aquel sudor era glacial como la nieve que se derrite en las crestas de las montañas.

Vagaba cual un autómeta, sin que el espíritu guiase á la materia, como si en vez de voluntad estuviera animado por ocultos y bien combinados resortes.

Las pisadas de Manuel era lo único que se oía en pos de mí.

Al fin, divisando una puerta entornada, la hice girar sobre sus goznes, hallándo-

me en una salita cuadrada; pero tampoco habia allí alma viviente.

Sin embargo, mirando con atencion, aunque siempre maquinalmente, hirieron mi vista algunos objetos que yo recordaba pertenecian á Aurora, unos por haberlos contemplado antes, otros por haber oido hablar de ellos.

Además, entre las dos ventanas que daban luz á la estancia, veíase un tocador atestado de esas cien chucherias que denuncian la presencia y la mano de una jóven señorita.

Era evidente que me hallaba á la sazón en el gabinete-tocador de Aurora.

Aurora no estaria, por lo tanto, muy lejos. Enfrente de la puerta por donde yo habia entrado, habia otra.

¿Seria la que conducia al dormitorio de la bella niña?

Parecia indudable

iba á seguir adelante... á asaltar la virginal alcoba... á sorprender las misteriosas interioridades... cuando la campana mayor de una iglesia próxima dió al aire dos tañidos.

Hubo un pequeño intervalo, y á aquellas dos campanadas siguieron otras dos.

Tan fúnebre toque me sacó, por un instante, del estado de desvario en que había caído.

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! exclamé en voz trémula, pero perceptible, ¿qué toque es este que así hiela mi sangre en mis venas?

—Es, respondió detrás de mi una vez turbada por la emoción, es el toque de agonía por la señorita doña Aurora de Altavira.

Volví la cabeza espantado, y halléme con Manuel.

El poco tiempo que me había detenido allí fué el suficiente para que pudiera reunirse conmigo.

Yo, empujando violentamente la puerta que tenía delante, me precipité en la alcoba de la pobre niña, muerta en la flor de la edad.

¡Allí estaba!

¡Allí estaba tendida en el lecho mortuario, livida, con un crucifijo de ébano oprimido

EL PRIMER BEBÉ.

santamente con ambas manos sobre el corazón, y, á su cabecera, á uno y otro lado, un hombre y una mujer lloraban arrodillados é inclinadas las frentes!

Eran el padre y la madre; eran los desconsolados señores de Altamira.

Me acerqué al lecho, con los ojos secos y las mejillas ardiendo, y estampé, con igual respeto con que pudiera verificarlo á una imagen de la madre de Dios, un beso sobre los violados lábios de la muerta niña.

¡Aquel beso era el primero y el último!

Luego, no hice mas, no oí mas, no ví mas, porque caí desplomado sobre la alfombra que habia cerca de la cama.

¡Ay! á Aurora la habia arrebatado el tífus.

Cuando recobré el conocimiento, hallábame recostado en una butaca de la salita contigua, de que ya os he hallado.

Manuel estaba detrás de mí, sosteniéndome la cabeza.

Los señores de Altamira me contemplaban con lástima.

—¡Oh! jóven apreciable y desventurado, exclamó medio ahogado por los sollozos el padre de Aurora, las últimas frases de mi hija fueron éstas: «Padre mio, madre mia, adios hasta que nos volvamos á ver en el cielo. Decid á German que harto tarde le he comprendido, que las miserias del mundo se interpusieron entre él y yo, pintándomele con negros colores; pero que muere amándole como el primer dia y rogándole que me perdone.» Y espiró...

El señor de Altamira no pudo continuar.

Los dos esposos eran presa del mas espantoso dolor.

Yo no podia pronunciar una palabra, y vacilante como un beodo, descolorido como un difunto, apoyado en el hombro de Manuel, salí primer de la estancia, luego de la casa y dos dias después abrazaba á mi afligida madre en la Coruña, exclamando:

—¡No hay esperanza! ¡no hay esperanza!

—¿Se ha casado Aurora con otro hombre? preguntó mi madre.

—No.

—¿Rechusa ella devolverte su amor?

—Tampoco.

—Pues ¿qué es lo que sucede?

—¡Ay, madre del alma, Aurora ha muerto!!! Yo la seguiré al sepulcro.

—

Un año mas tarde, después de padecimientos crueles, viéndome perecer lentamente, moría tambien mi madre.

Epilogo.

MANUEL INIGUEZ A LOS SEÑORES DE ALTAMIRA.

Madrid, 12 de noviembre de 186...

Inolvidables amigos míos:—Cojo la pluma
transido del mas cruel dolor.

Acabo de perder á mi hermano adoptivo.

Hoy, al amanecer, German ha exhalado el
último suspiro en mis brazos, después de
mas de tres años de pruebas terribles, de
padecimientos espantosos.

EL PRIMER BESO.

La tísis ha luchado desesperadamente para matar aquella naturaleza privilegiada; pero al fin lo ha conseguido.

¡Infeliz Germán!

Yo, empero, lo soy mas que él, porque quedo solo y triste en este infierno terrenal denominado Madrid.

Al morir, las últimas palabras del pobre joven fueron las siguientes:

—Mi querido Manuel, tan pronto como espire díles á los señores de Altamira que han concluido ya todas mis penas, porque voy á reunirme, allá en lo alto, con mi madre y con mi Aurora...

Miróme un instante.

¡Cuánta lástima habia en su corazon y adiviné en sus ojos!

—¡Ah! amigo mio, añadió, la única idea melancólica que me asalta en este instante supremo, es que tú te vas á quedar aislado.

Me estrechó la mano débilmente... y su cabeza, erguida durante unos cuantos segundos, tornó á caer exánime sobre la almohada.

¡Era cadáver!

Cumplo, pues, el deseo del finado, al pro-

pio tiempo que desahogo mi espíritu, escribiéndoles á ustedes.

Mis estimados señores, German muere precisamente cuando la gloria, ese fantasma impalpable que yo persigo en vano, comenzaba á sonreírle.

La empresa del Principe ha aceptado la obra póstuma del desventurado jóven, un drama magnífico, cuyo estreno se verificará esta noche,

Yo ya le tenia por una produccion magistral, de las que forman época en nuestra literatura; pero la opinion de los inteligentes ha corroborado la humilde mia.

¡La corona de laurel con que se premia á los poetas afortunados, adornará solamente la cubierta de un ataúd!

Adios, amigos míos, adios. Saben ustedes cuánto les aprecia su afectísimo s. s.

Manuel Iniguez.

Adjunto les envio un manuscrito que hallé entre los papeles de German.

Es la historia de su vida, escrita por él mismo en breves páginas.

En esa narracion se refleja el alma candorosa de mi amigo con la mayor transparencia.

Hasta aquí, la carta de Manuel.

Este fiel amigo ha sobrevivido al mártir ignorado cuya existencia acaba de describirnos, vegetando en las redacciones de los periódicos, escribiendo para comer, comiendo para vivir y viviendo para tributar eterno culto á estos dos recuerdos:

Aurora, á quien él había amado, y cuya pasión había sacrificado en el ara de la amistad.

German, á cual se había consagrado con todo el triple amor de un padre, de un hijo y de un hermano.

FIN.

LA HERENCIA.





